

## CUMBRES DEL PIRINEO

# UNA ESCALADA AL SPIJEOLLES

**S**ITUADO en la ladera sur de una loma por encima del Ibón del mismo nombre, el refugio de Espingo sirve de base para la realización de una serie de excursiones y escaladas interesantes, casi todas ellas, a cumbres que superan los 3.000 metros.

De Oriente a Occidente, y en la misma frontera franco-española, el Literola, 3.132 metros; Perdiguero, 3.221 metros; Seilh de la Baque, 3.114 metros, y el Gourgs Blancs, con 3.129 metros, resultan desde Espingo, unas buenas excursiones y sin complicaciones dignas de señalar.

Junto a éstos, en plena zona francesa, señalaremos principalmente al Lezat, 3.102 metros; Quairat, 3.056 metros, y el Spijeoles, 3.066 metros, que además de sus rutas normales, reservan para los escaladores, interesantes vías de escalada de las más diversas graduaciones.

Las sendas que conducen a las cumbres, recorren valles y collados a la vera de impetuosas torrenteras y riachuelos o cruzan por neveros y pequeños glaciares o pedrizas de auténtico sabor pirenaico.

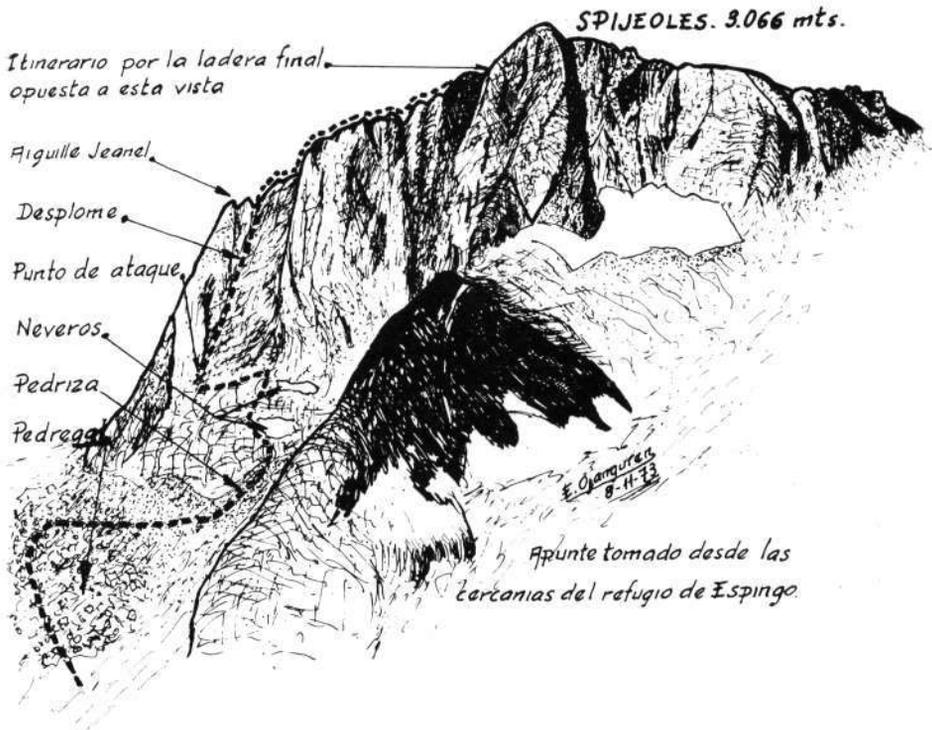
\* \* \*

Estos parajes de Espingo, no son un sueño, realmente son unos lugares afortunados donde simplemente, como en todas partes, hace falta tener un poco de suerte.

La tuvimos aquella calurosa tarde cuando envueltos en una pegajosa niebla que reducía la visibilidad a escasos metros, subimos al refugio desde el valle de Astau. Sudorosos, tratando pesadamente de dominar las fuertes rampas con nuestras abultadas mochilas donde transportábamos el equipo, material y alimento para diez o doce días.

Alcanzamos el refugio una vez anochecido, a las 8,30 aproximadamente, cuando ya el cielo era rasgado por los primeros rayos. Instantes después unas intensas ráfagas de lluvia y granizo, tamborileaban con intensidad en cristalerías y techo.

Un cigarro más en el camino y hubiésemos llegado nadando al refugio. Afortunadamente y por una rara casualidad, cuando hace media hora poco más o menos propuse fumar uno, decidimos aplazarlo hasta llegar al refugio.



Los días transcurrían estupendamente y con mis amigos Juan María Anitúa y Antón Artamendi, habíamos logrado las ascensiones al Tous de Montarque, Seilh de la Baque, Gourgs Blancs, Hourgade, Quairat...

Todos los días fueron estupendos y paradójicamente, todos sin excepción, extremadamente tormentosos en sumo grado, acompañados de fuerte aparato eléctrico cuyas descargas denotaban realmente su intensidad.

Los truenos que sucedían a los rayos retemblaban ininterrumpidamente en la montaña en ese concierto que la Naturaleza nos reservaba diariamente, para luego, hacia el amanecer, descender de tono hasta perderse en la lejanía y dar paso a una fresca y brillante mañana.

Por suerte, las tormentas descargaban al anochecer o bien entrada la noche y en el refugio, ante una fiambarrera repleta con un buen guisado, o más tarde, bien amarrados al saco en el dormitorio, las tormentas se soportan bien.

\* \* \*

Nuestro próximo proyecto era el Spijeoles, al que queríamos hacer una escalada. Probaría fortuna en compañía de Anitúa ya que Antón prefería darse un descanso y reconocer un poco los alrededores del refugio.

Una de las escaladas que más se prodigan al Spijeoles es sin duda alguna

su arista este, con una graduación de IV inf. Las dificultades más acusadas y con mayor verticalidad se localizan en los largos que discurren hasta la Aiguille Jeanel y posteriormente en dos o tres pasos característicos como son la «placa de liquen» o el «paso de la bavaresa», terminando éstas al salir sobre unas pedreras pizarrosas de tonalidades rojizas ya cercanos a la cumbre cuya cima se alcanza tras una fácil trepada final.

Mirando desde el refugio y a la derecha de la Aiguille Jeanel, se aprecian claramente dos pequeñas horcadas. De la segunda de ellas desciende por la cara norte, una vertical pared aparentemente factible de escalar. Sin embargo la guía Olliver no señala en ella ninguna vía, como tampoco en el libro registro hay noticias de ninguna ascensión por ese itinerario. Durante las conversaciones mantenidas posteriormente con el guarda, nos manifiesta no tener conocimiento de alguna escalada con ese itinerario.

Ello nos da pie para observarlo más detenidamente, reafirmandonos en nuestras conclusiones. En la excursión al Gourgs Blancs, cuyo itinerario coincide en parte con el del Spijeoles, la aprovechamos para acercarnos al objetivo que era motivo de nuestra curiosidad. Efectivamente, comprobamos que la escalada era posible, aparentemente no muy difícil, salvo la parte correspondiente al tercio superior, que de donde nos encontrábamos no se podía definir con certeza.

\* \* \*

Con la ilusión puesta en el nuevo día preparamos algunas cosas y tras la acostumbrada tertulia, nos acostamos arrullados por el tronar de la correspondiente tormenta coreado en el dormitorio por dos o tres inocentes «bellos durmientes» que con sus sonoros ronquidos hacían el acompañamiento de fondo a los truenos que retumbaban sin cesar.

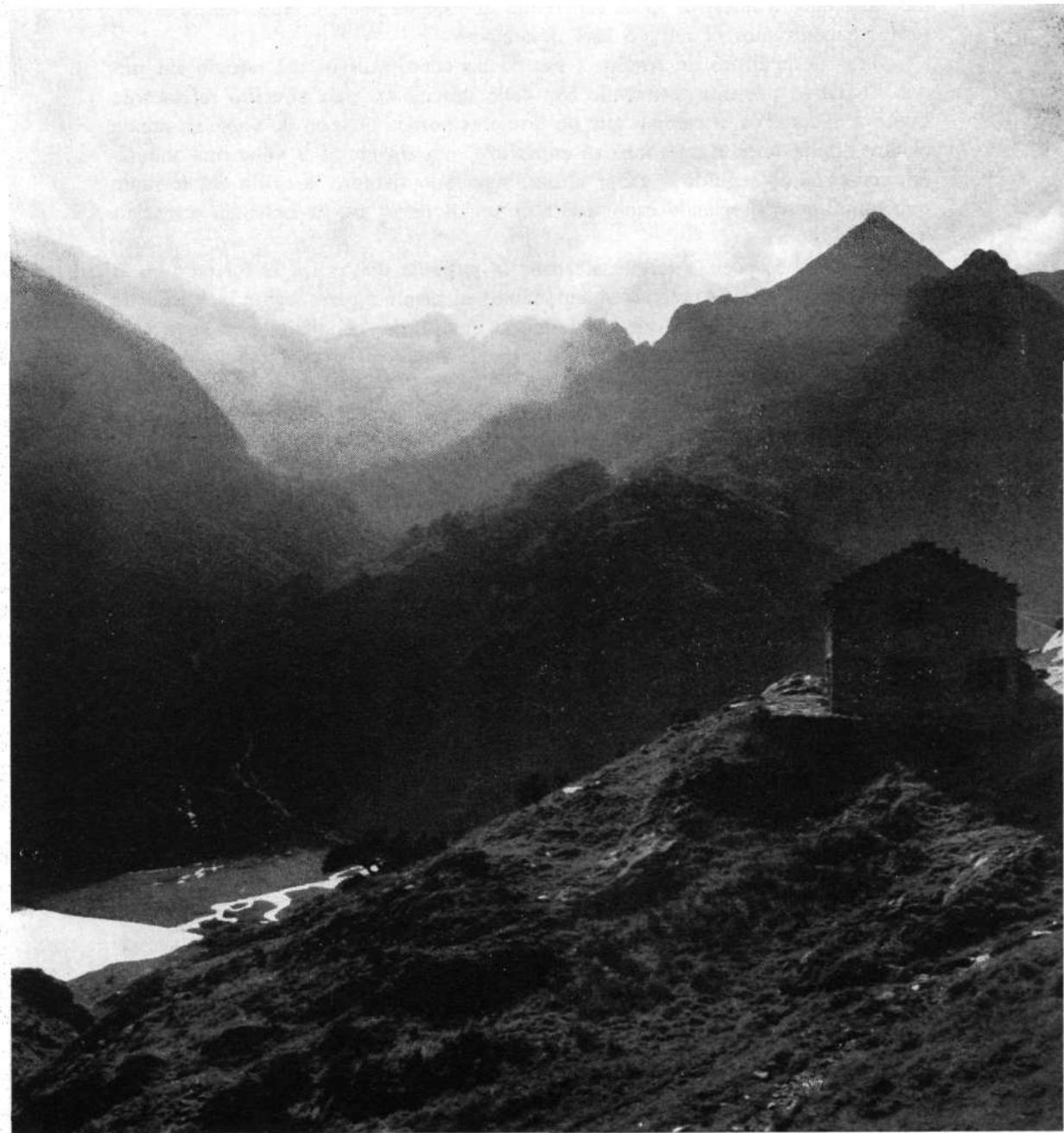
No sé por qué extraña circunstancia, ocurre siempre el caso curioso de que aquellos quienes roncan son los primeros en dormir. Así los demás tenemos el «privilegio» de adormilarnos con la musiquilla «ronronera» de una nana poco convincente y original. Pienso que a la hora de acostarnos, no estaría nada mal que nos concedieran una media hora de ventaja... por lo menos.

\* \* \*

Quedamos en despertarnos a las seis, pero estos días conseguir eso en este refugio debe ser pura quimera.

Como si les azuzaran con una aguja, estos franceses, para las cinco empiezan a salir disparados de sus sacos y saltan por el dormitorio a ritmo de pasodoble. Quiérase o no, aquí a las cinco y media ya no hay quien pegue ojo. Total que entre el concierto de la noche y los saltibanquis de la mañana quien consiga dormir seis o siete horas va bien.

De todas formas ya nos vamos acostumbrando a ello e impasibles segui-



*El refugio de Espingo, sobre el lago del mismo nombre, teniendo al fondo, semivelado por la bruma, la cima del Hourgade. — (Foto: Eli Ojanguren.)*

mos aferrados a nuestros sacos esperando que llegue nuestra hora. Así al levantarnos encontramos el refugio casi desalojado.

Tras despedirnos de Antón, a eso de las ocho, salimos del refugio sin prisas. El día se presenta estupendo con cielo despejado y un airecillo refrescante invita a andar. Por el camino que de primeras bordea el Ibón de Saousat, donde el aire dibuja unos rizos sobre su superficie, nos dirigimos a «nuestra» montaña, comenzando seguido a ganar altura, siguiendo siempre la orilla del torrente que tumultuoso desciende espumeante entre los riscos de su lecho en dirección hacia los Ibones.

A las 8,45, poco antes de alcanzar la pasarela que cruza el torrente en el Plateau de Coume l'Abesque, abandonamos el camino para seguir la huella de un sendero a la derecha que remontando una fuerte pendiente nos lleva a la parte superior del Plateau, dirigiéndose luego hacia el canchal donde llegamos a las 9,20.

El sendero se abre paso entre los bloques de la pedriza remontándolo más bien por su parte inferior izquierda, donde unos cairns ayudan a seguir por el buen camino.

Situados ya a la altura de la base del Spijeoles, cruzamos la pedrera en horizontal, directos hacia el pie de la pared para luego continuar subiendo por una pedriza, hasta alcanzar unas rocas de tono gris claro, por las que desaguan dos neveros asentados en unas gradas superiores.

En este momento son las 10,10 y nos detenemos para tomar un bocado. Mientras fumamos un cigarro, observamos una vez más la pared, haciendo nuestros cálculos sobre la vía y sus dificultades de cuyas definitivas conclusiones, consideramos que esta escalada la tenemos ya en el «bote».

En nuestro optimismo, desistimos de continuar por la pedriza para ganar la base y atacamos las gradas inferiores que preceden a la misma, escalando directamente en libre por las rocas de donde baja el agua (12 metros III grado).

Proseguimos unos metros más de trepada fácil y esquivamos uno de los neveros haciendo una travesía a la izquierda, situándonos bajo un nuevo resalte rocoso, también de tono gris claro bien visible desde abajo.

Escalamos este resalte con tendencia a la derecha, siguiendo siempre en diagonal por unas rocas pizarrosas rojizas llegando a una alargada repisa de cuyo extremo derecho sube una estrecha fisura con cara de pocos amigos.

Frente a este obstáculo nos encordamos y seguido subo por la fisura unos tres o cuatro metros hasta que se estrecha al máximo, terminando de superarlo a la bavaresa los dos o tres metros restantes que terminan con una salida no difícil pero descompuesta que nos deja en una amplia terraza (10 metros III sup. con un paso de IV).

Sigue Anitúa directamente hasta alcanzar la grada que se forma en la base de la pared propiamente dicha (14 metros III grado). Una vez reunidos los dos, caminamos juntos hacia la izquierda a lo largo de esta grada, acercándonos al punto de donde pretendemos escalar esta pared.



*Una vista de la cumbre del Spizeoles tomada desde Tous de Mountharc. En ella podemos apreciar claramente todo el perfil de su arista Este y abajo, en primer término, el lago helado D'Oo. — (Foto: Eli Ojanguren.)*

A las 11,40, tras sortear una mancha de nieve, atacamos la vía por una grieta que divide una roca lisa e inclinada de tono claro (3 metros, III grado) para entrar en el corredor que se abre encima de la roca, continuando directamente por ella en una serie ininterrumpida de largos de cuerda.

En media hora logramos situarnos a media pared aproximadamente, tras haber dominado unos 40 metros de III grado más o menos sostenido; 14 metros de II grado y 12 metros más de III grado respectivamente.

Estoy escalando a gusto y no precisamente por no haber tropezado con dificultades mayores dignas de mencionar sino porque la roca es buena, sólida en general y con excelentes lugares para montar reuniones cómodas... pero no sé... empiezo a inquietarme.

Seguimos en el corredor, pero considero que deberíamos estar llegando al punto culminante de la escalada, pero éste por ahora, no se vislumbra. En cuanto a las dificultades, por lo que alcanzamos ver, siguen invariables. Así comienza a asaltarnos la duda de si lo habremos enfocado o no del todo bien el itinerario. De todas formas, por ahora la mejor solución es continuar por donde vamos.

Con dos limitados largos de cuerda (14 metros III y 12 metros II grado), nos situamos en un punto donde el corredor cambia ligeramente de orientación para terminar unos metros más arriba, estrangulándose ante un pequeño resalte algo desplomado y rodeado de unas sólidas placas graníticas donde cambia completamente de fisonomía la escalada.

Bueno, esto ya es otra cosa. En adelante es evidente que tendremos que emplearnos más a fondo pero eso no nos preocupa, porque en realidad, esto era lo que estábamos esperando encontrar.

Continúo por el corredor que paulatinamente se va volviendo vertical y unos ocho metros más arriba me encuentro bajo el desplome que lo intento superar en libre. Cuando parece que ya lo tengo dominado, me quedo «clavado» sin poder dar la vuelta. No localizo el apoyo que preciso para afianzar mi posición y cuando intento levantarlos, las puntas de las botas me resbalan en la pared sin conseguir dar el impulso definitivo. Con las manos tanteo afanosamente la pared buscando inútilmente un buen agarre que no lo encuentro. Finalmente por mantener mi esforzada posición prolongadamente, siento que los brazos se me están cansando y me veo obligado a retroceder.

Mientras descanso unos instantes para recuperar la respiración, pienso en este intento fallido que creo que ha sido más bien por indecisión y falta de rapidez en el primer momento de la maniobra final que por la misma dificultad en sí. De no haberme detenido buscando un apoyo o agarre muy bueno, sería probable que hubiese conseguido salir airoso del desplome, pero sin ninguna clavija de seguro entre medio que nos defendiera al compañero y a mí y muchos metros abiertos bajo mis pies, era como para pensarlo.

Entretanto, estoy observando la placa de la derecha, muy lisa y vertical, en la que más abajo, hacia la mitad de ella, descubro una estrecha y alargada

cornisa que me da que pensar. Comunico a mi compañero esta novedad y decidido retrocedo un par de metros para colocarme a la altura del comienzo del paso.

Con una maniobra de salida a la derecha me coloco sobre la cornisa donde apenas justamente me asientan la mitad delantera de los pies, y aprovechando unos escasos agarres, inicio la travesía de la misma en un flanqueo a base de equilibrio de unos cuatro o cinco metros muy aéreos (IV grado), escalando seguidamente en diagonal, ahora hacia la izquierda por unas escalonadas rugosidades (IV grado) no muy pronunciadas pero sí muy sólidas que me prestan gran confianza, permitiéndome ganar terreno con bastante seguridad, hasta alcanzar una repisa situada justamente unos tres metros por encima del desplome donde aguardo a mi compañero.

Este, al parecer, prefiere probar suerte en el desplome antes de meterse en la travesía y una vez listo me da cuenta de sus intenciones para que mande la cuerda hacia aquel lado.

El no haber empleado clavijas en estos pasos nos da ahora esta oportunidad para variar el itinerario y con un par de volteos a la cuerda consigo trasladarla hacia aquel lado, comenzando seguidamente a recogerla al ritmo que progresa mi compañero a quien al poco veo comparecer ante el saliente donde tras previo tanteo acaba superándolo sin grandes inconvenientes (IV sup.). Al tiempo que le digo unas palabras de ánimo se acerca a mi posición y apenas sin detenerse continúa adelante subiendo por unas ásperas losas de granito, abiertas en algunos sitios en forma de diedro, por las que progresa rápidamente (14 metros III grado).

Nuevamente reunidos, prosigue Anitúa por unos pasajes de características semejantes al largo anterior pero de más dificultad (III grado sup.) y antes de que se me acabe la cuerda me llama a voces diciendo que ha conseguido salir a la arista.

Escalo entusiasmado estos últimos metros, disfrutando de la aspereza de estas rocas graníticas en las que estoy desarrollándome totalmente a gusto. Al aproximarme a la parte final, unos rayos de sol, ausentes desde que nos acercamos a esta pared, me ofrecen su cálida caricia mientras remonto los últimos metros.

Una hora y quince minutos hemos invertido en la escalada y ahora, uno junto al otro, satisfechos de nuestra ascensión, saboreamos el aroma de un cigarrillo al tiempo que contemplamos desde nuestro aéreo mirador el paisaje que nos rodea.

Hemos conseguido abrir una vía nueva, inesperada antes de que saliéramos de casa hacia estas montañas cuya idea había brotado en nosotros en días anteriores, a la vista de la montaña, consiguiendo las cosas tal como lo habíamos planeado, saliendo justamente a la segunda horcada como lo teníamos propuesto y si en algún momento llegamos a dudar de nuestro acierto, fue debido más a error de apreciación de la altura (unos ciento cuarenta metros desde la base de la pared y doscientos desde el principio de las gradas) que la habíamos esti-



*"...hasta que mi compañero se de cuenta de que se trata de la "placa de líquen" del que ya teníamos conocimiento. Aprovechando unas grietas, escalo diagonalmente hacia la derecha..."*

*Foto: Juan M.º Anitua.*

mado por debajo de la realidad, que por cualquier otra causa. Cosa por otra parte bastante natural tratándose de escaladas que se ejecutan en montañas de estas proporciones.

Aún estamos lejos de la cumbre, de la que nos separa toda la aérea crestería superior, orientado de este a oeste y cortado a pico por su vertiente norte.

Proseguimos la escalada, remontando por toda la línea de la arista cuyas dificultades en principio muy sencillas (II grado), las vamos resolviendo en una fácil trepada, interrumpida por algunos bloques que sorteamos bien por derecha o izquierda o también escalando algunos cortos pasos de características y dificultad variables y que a medida que ganamos terreno son más frecuentes.

De pronto, una laja lisa, alta, de unos quince metros, nos corta el paso. Titubeamos unos instantes hasta que mi compañero se da cuenta de que se trata de la «placa de líquen» de la que ya teníamos conocimiento.

Aprovechando unas grietas, empiezo a escalar diagonalmente hacia la derecha, prosiguiendo en una escalada libre, aérea y muy bonita, de dificultad sostenida hasta que consigo salir por su parte superior derecha a una amplia explanada (13,55 horas).

Seguido, todo se traduce a una sucesión larga de bloques que según su disposición, los debemos de ir esquivando o escalándolos hasta alcanzar la parte final de la cresta que desemboca en una inclinada ladera pizarrosa totalmente descompuesta formando una desagradable pedrera de colores rojizos (14,40 horas).

De aquí la cumbre la tenemos al alcance de la mano, por lo que buscando un sitio apropiado nos sentamos unos momentos para descansar. Luego, caminando tranquilamente, vamos aproximándonos a la cima cuyos metros finales los dominamos trepando por los roquedales que nos caen de frente, encontrándonos poco después junto al amontonamiento de piedras que forman el mojón de la cumbre (15,10 horas).

Soltando las cinchas, me quito el casco al que por mucho que lo intente no consigo acostumbrarme. Libre la cabeza, siento correr el aire entre los pelos, refrescándome frente y sienas, notando inmediatamente una agradable sensación de alivio que me satisface.

Desde la cumbre contemplamos la sucesión de cumbres pirenaicas que nuestra vista logra alcanzar. Nuestros comentarios versan sobre ellas. Muy lejano, hacia Occidente, vemos el Vignemale, a quien delata el glaciar d'Ossau, que brilla bajo los rayos del Sol, que le caen casi a plomo. A su izquierda, muy empequeñecido, se ve también el Monte Perdido. Delante, hacia el Sur, las cercanas cumbres fronterizas que hemos recorrido en días pasados nos ocultan el macizo del Posets y el de la Maladeta. En dirección Este, descuella, dominante, el Perdiguero, uno de nuestros próximos objetivos. A su izquierda el Literola, Cabrioules, Lezat... y muchas más montañas, que terminan en la lejanía, esfumadas entre las brumas del atardecer.

Abajo, llama la atención el lago helado D'Oo, que cubre el fondo de un cono invertido abierto entre rocas pardo-rojizas que hacen destacar aún más los blancos témpanos de hielo que penetran en el agua, poniendo de manifiesto la pureza de la misma, en una combinación color esmeralda verdi-azul, agrupando todo el conjunto un juego de colores naturales que armonizan admirablemente en este agreste paisaje.

Más a la izquierda y mucho más abajo aún, divisamos también el refugio, muy pequeñito y muy lejano. Con el hambre que tengo ahora...

Hurgando en la mochila, van saliendo algunas cosas. Una lata de atún, otra de jamón, un pedazo de queso, un trozo de piedra, digo de pan, pero un pan que, por su dureza, aparte el color, en poco se puede diferenciar de uno de esos sólidos cascotes graníticos que amontona el mojón.

Mientras mis dientes libran dura batalla con este trozo de pan fosilizado, Anitua restrega con todo interés los últimos restos de una de las vacías latas. Al verlo, no me queda más remedio que sonreír por fuerza. ¡Qué bien nos vendría ahora un muslito de un sarrio de éstos que hemos visto saltar por esas rocas! Recostándome entre las piedras que me rodean cierro los ojos, dejándome llevar por la fantasía de mis pensamientos...

ELI OJANGUREN.